

JUAN PABLO CASTEL, ENTRE LA NEUROSIS Y EL CRIMEN

Acontece que el amor se concilia con el odio más violento al ser amado cuando un amante, a pesar de todos los esfuerzos y de todas las súplicas, no puede a ningún precio hacerse escuchar. Enardécele entonces el odio contra la persona amada, llegando hasta el punto de matar a la que quiere...

SCHOPENHAUER

«Soy Pozdnichev, el hombre a quien ha ocurrido el episodio de haber matado a su mujer»; estas son las palabras que recordamos cuando Juan Pablo Castel, pintor de treinta y seis años, sin ningún circunloquio, se presenta ante los que leerán su historia:

«Bastará decir que soy Juan Pablo Castel, el... que mató a María Iribarne...» [11]. Desde las primeras líneas del relato casteliano sentimos la innegable similitud que existe entre el temperamento del comerciante ruso que protagoniza *La sonata a Kreutzer*, de León Tolstoy, y el pintor argentino; comprendemos que su especial estructura psicológica lo conducirá también, e irremediablemente, a un drama y que nos vamos adentrando, sin lugar a dudas, en la historia de un anormal, para ser más exactos, en la de un neurótico.

Comenzaremos este estudio tratando de demostrar nuestra última afirmación a la luz de las teorías —muy convincentes— de Karen Horney, expuestas en su obra *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*. La doctora Horney, apoyándose en el método y en las investigaciones del creador del Psicoanálisis —Sigmund Freud—, ha logrado —muchas veces apartándose de los caminos abiertos por el maestro— introducirse e introducirnos en uno de los más interesantes y difíciles problemas del mundo psíquico actual: la neurosis.

Naturalmente, para comprender nuestra afirmación referente al trastorno de Castel y para darse cuenta de qué se entiende por persona neurótica, comenzaremos por definir este fenómeno mental. Para Karen Horney, «la neurosis es un trastorno psíquico producido por temores, por defensas contra los mismos y por intentos de establecer soluciones de compromiso entre las tendencias en conflicto» (1). Pero la autora recalca más adelante que «sólo conviene llamar neurosis a este trastorno cuando se aparta de la norma vigente en la cultura respectiva» (2). El individuo que padece esta deficiencia es, pues, un

(1) Karen Horney: *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Biblioteca de Psicología Profunda, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1951, p. 43.

(2) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 43.

anormal, ya que Karen Horney considera anormal a la persona cuya manera de vivir, cuyos sentimientos, actitudes, reacciones, etc., no coinciden con alguno de los tipos aceptados en nuestra época y en nuestra cultura. Según esto, un individuo puede ser neurótico en un medio cultural y no en otro. Por ejemplo, sería anormal en nuestra cultura una muchacha que careciera por completo de afán de competencia o, por lo menos, de afán de emulación, pero no lo sería si viviese en una tribu de indios.

Como comprenderemos perfectamente, la vaguedad de la definición que hemos anotado, procuraremos sintetizar los caracteres propios del trastorno a que nos referimos y del individuo que lo sufre.

Porque los sentimientos y actitudes son plasmados, en gran medida, por las condiciones bajo las cuales vivimos, y porque todo adulto ha tenido forzosamente que ser niño, para comprender una neurosis es necesario conocer en detalle las circunstancias de la vida individual y, en particular, la infancia.

En primer término, conviene tener presente que el neurótico es siempre un sujeto que sufre. Nuestro personaje, Juan Pablo Castel, también. El lo afirma y nosotros lo sabemos sin necesidad de que lo diga. Castel vive angustiado y parece que su vida ha sido siempre igual. La angustia y las defensas levantadas contra ella se encuentra en todas las neurosis. Puede producir esta sensación el hecho de que en la infancia haya habido ausencia de auténtico afecto y cariño. Desgraciadamente para nuestro estudio, Castel ha centrado sus dificultades exclusivamente en el amor (del que luego hablaremos para referirnos a los caracteres que adquiere este sentimiento en los neuróticos), y de su infancia prácticamente no nos dice nada. Sólo cuando se refiere a la vanidad, por asociación mental, que es tan característica en él, hace un recuerdo:

«Cuando yo era chico y me desesperaba ante la idea de que mi madre debía morir un día (su preocupación tan temprana por la muerte lo revela como cerebrotónico)..., no imaginaba que mi madre pudiera tener defectos. Ahora que no existe, debo decir que fue tan buena como puede llegar a serlo un ser humano. Pero recuerdo, en sus últimos años, cuando yo era un hombre, cómo al comienzo me dolía descubrir debajo de sus mejores acciones un sutilísimo ingrediente de vanidad o de orgullo» [14]. Por lo que podemos deducir, la falta de afecto por parte de la madre no se produjo en la infancia de Castel. Es posible que por el lado del padre o los hermanos (ni siquiera sabemos si los tuvo o no) se hayan producido motivos de angustia, pero nada podemos asegurar. En todo caso, la angustia in-

fantil no siempre tiene sus causas en la falta de afecto paterno. En muchas ocasiones proviene de la frustración de los deseos del niño, cuando dicha frustración es impuesta por un espíritu injusto o des-acertado.

Antes de continuar refiriéndonos a la angustia infantil es conveniente recordar que toda sensación de este tipo se genera siempre por impulsos hostiles conscientes o inconscientes. Desde muy niño el ser humano debe reprimir su hostilidad, y esta represión es la causante de la angustia, que podemos definir como el sentimiento de un peligro poderoso e ineludible ante el cual el individuo se halla totalmente inerme. La angustia y la hostilidad están, pues, profundamente entrelazadas.

Todo niño, sin darse cuenta, tiende a reprimir la hostilidad contra los padres, hostilidad que puede ocasionarse por los motivos ya indicados, por un sentimiento inconsciente de indefensión («Tengo que reprimir mi hostilidad, porque te necesito»), por timidez («Debo reprimir mi hostilidad porque te tengo miedo»), por amor («Tengo que reprimir mi hostilidad porque te quiero y no deseo perder tu cariño») o por el deseo de no ser considerado despreciable («Tengo que reprimir mi hostilidad, ya que si no lo hago me encontrarás malo»).

Mientras más encubra el niño su inquina contra la propia familia, en mayor grado proyectará luego su angustia al mundo exterior, llegando a convencerse de que este mundo, en general, es peligroso y terrible. Las hostilidades infantiles reprimidas «favorecen o producen un estado caracterizado por el sentimiento de hallarse solo y desarmado en medio de un mundo hostil» (3).

Ahora bien, lo primero que llama la atención en el relato casteliano es, precisamente, esta actitud de hostilidad general, que manifiesta primero contra el mundo y luego contra las personas en particular. Siguiendo el razonamiento de Karen Horney es que hemos pensado en raíces infantiles, probables generadoras de la neurosis del asesino de María Iribarne. Su relato está interrumpido continuamente por afirmaciones como las siguientes:

«Que el mundo es horrible es una verdad que no necesita demostración» [12]...

«No me hago muchas ilusiones acerca de la humanidad en general» [15]...

«En general, la humanidad me pareció siempre detestable» [53].

«Desprecio a los hombres, los veo sucios, feos, incapaces, ávidos, groseros, mezquinos...» [94].

(3) Karen Horney: *Ob. cit.*, pp. 107 y 108.

Esta angustia que se le produce al neurótico, llamada «angustia básica» por la autora que seguimos, tiene consecuencias en la actitud del sujeto respecto de sí mismo y de los demás. «Significa... un aislamiento emocional... Entraña... un debilitarse del fundamento mismo en que reposa la autoconfianza. Establece el germen de un conflicto potencial, entre el deseo de confiar en los demás y la incapacidad de abandonarse a esta inclinación, a causa del profundo recelo y de la hostilidad que se profesa hacia ellos» (4).

Todo individuo angustiado, sin darse cuenta generalmente, busca medios para protegerse de la angustia que le ocasiona desconfianza hacia el género humano. Uno de estos medios es el cariño («Si me quieres, no me harás mal»); otro, el sometimiento a las normas tradicionales, a los ritos de alguna religión, a los requerimientos de algún personaje poderoso o de las personas con quienes se convive («Si cedo en algo, no me harán mal»); un tercer medio es el poderío («Si soy poderoso, nadie podrá dañarme»); por último, el aislamiento («Si me aísló, nadie podrá dañarme»).

Nuestro personaje, dado su temperamento esquizotímico y cerebrotónico, hasta la edad de treinta y seis años ha elegido este último camino. En su relato, él y María, que acaba de aparecer en su vida, son los personajes principales y, en realidad, únicos. Nos damos cuenta claramente de que si Castel tiene familia, no se relaciona con ella; con toda seguridad, porque su familia es «despreciable». Si vive en un sitio en que también hay otras personas, es seguro que apenas las saluda, ya que son seres «viles» y «dispuestos a sacar provecho de los demás». Ni siquiera su actividad de pintor le ha traído amistades:

«De todos los conglomerados —afirma—, detesto particularmente el de los pintores. En parte, naturalmente, porque es el que más conozco, y ya se sabe que uno puede detestar con mayor razón lo que conoce a fondo» [24].

El hecho de ser pintor lo ha obligado a conocer críticos, pero esta sola palabra lo enerva:

«Los críticos: es una plaga que nunca pude atender» [24].

Es muy extraño y muy anormal que exista un pintor que, entre los compañeros de oficio y los críticos, considere que no hay uno solo susceptible de constituir excepción.

(4) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 113.